



XAUEN

LA CIUDAD SAGRADA DE LAS SIETE PUERTAS

SI las ciudades de la porción occidental del Marruecos español,

Arcila, Larache y Alcazarquivir, están a apreciable distancia de Tetuán, razón por la que no siempre son visitadas por los turistas

rápidos, en cambio, Xauen, que sólo dista 59 kilómetros de la capital del Protectorado, se lleva la palma en punto a visitantes. Y no decimos en punto a admiraciones, porque las ciudades del Lucus y de la Garbía tienen un encanto aparte de la sagrada villa montañera. Puede gustarse perfectamente de Xauen y de Larache sin que sea forzoso compararlas: Larache es una ciudad de tipo oriental, y Xauen lo es de tipo granadino: la una está en el llano, a orillas del Atlántico; la otra, en el monte, vigilada por dos poderosos macizos que la protegen. (Xauen significa «bicorne» o «dos cuernos», por la forma de sus dos montañas, el Kalaa y el Magot.)

La fundaron moros granadinos. Abu Yamas el Alami construyó un santuario, y dentro de él pereció abrasado por los portugueses de Arcila. Su primo El Rachid, que peleaba en Granada contra los cristianos, desembarcó en Río Martín por el año 1480; corrióse con gran tropel de gente por la falda de los montes de Beni Hassán y Beni Hosmar, entró en Gomara, visitó el santuario, calcinado por el fuego, y allí mismo comenzó a echar los cimientos de una ciudad: Xauen. Rica de agua, supuesto que de las oquedades de la roca

Por ANTONIO J. ONIEVA

brotaba a borbotones, nada mejor podía desear para el cultivo de tierras y de ganado. Construyó una alcazaba imponente, declaró a Xauen Principado independiente y soberano, y cerró las puertas de sus murallas.

Y así durante siglos. Hicieronse bastantes tentativas para violar su misterio. Un día, el francés vizconde de Foucauld, disfrazado de rabino penitente, llamó a una de aquéllas. Hablaba perfectamente el árabe, su carne estaba quemada por muchos soles, incluso se había circuncidado para alejar toda sospecha... Abrieron los de dentro y... algo debieron sospechar cuando le dieron con la puerta en las narices. Más tarde, el periodista inglés Mr. Harris, disfrazado de bereber, intentó el mismo avatar, sin mayor éxito. Los primeros cristianos que se asomaron a la ciudad fueron los de Berenguer, el día 14 de octubre de 1920. Vencidos los xaunies, recibieron a las tropas a los gritos de «¡Viva Isabel II!». Era la última noticia española que a ellos había llegado. Abandonada la ciudad por orden de Primo de Rivera, los españoles la ocuparon de nuevo el 10 de agosto de 1926, sin que hubiera necesidad de disparar un solo tiro. Levantóse un campamento no lejos del poblado moruno, que se mantuvo y se mantiene intacto, y desde entonces conviven fraternalmente españoles y musulmanes en una y otra parte.

Los xaunies, españoles al fin, por llevar siglos de permanencia en la provincia de



Granada y por sus apellidos (Medina, Salas, Fuentes, Ramos, Baeza, etc.), hicieron lo que sabían: una ciudad alpujarreña, como las que se ven en la falda meridional de Sierra Nevada. El clima, duro y con nieves en invierno, obligó al techado de teja a dos vertientes, caso único en todo el Imperio marroquí. Las casas ascienden en rampa por la montaña y se asoman en anfiteatro a la Uta el Hammam, todas ellas pintadas de blanco con aureola de azul en puertas y ventanas. Estas dos notas, en contraste con el rojo de las murallas, dan a la ciudad el carácter más vistoso que puede imaginarse. En cuanto a mí, siempre que acompaño a visitantes amigos, les preparo una sorpresa, que consiste en asomarlos por la galería abierta de la Hospedería, situada sobre el tajo del río. A los tres colores citados se agrega ahora el de la tupida y variada vegetación que nace al contacto del agua y se esponja al rumor de su canturreo.

—¡Esto es Ronda!—exclaman.
—En efecto: con chilaba, babuchas y turbante.

Todo en Xauen es medina. No se ha tolerado una construcción europea. Han desaparecido los judíos y sólo los minaretes de las mezquitas cantan su «loor al Dios único, Clemente y Misericordioso».

El centro de la medina es la Uta el Hammam, o Plaza del Baño (conserva allí mismo una gran casa de baños), en la que figuran dos monumentos de suprema importancia: la Alcazaba y la Mezquita grande, con su Medarsa koránica. La primera está toda ella ruinoso, aunque conserva sus muros y la majestuosa Torre del Homenaje, donde anidan las cigüeñas. Grandes penachos de hiedra visten su vencido decoro. El amplio patio de armas se ha convertido en carmen granadino, por cuyos senderos pasean los pavos reales. La mezquita está sobre terraza a la que se accede por doble escalera (concepción típicamente española); su alto alminar deja de ser el tradicionalmente cúbico para convertirse en ochavado.

No lejos está el zoco, íntegramente gomari, es decir, bereber. A estos hombres enjutos, de mirada penetrante, se les ve quitarse la chilaba y turbante, se les viste de calzón abierto a la rodilla, alpargata, camisa, faja y cacherulo, y los hemos convertido en huertanos de Valencia o Murcia. Aquí visten la chilaba montañera, parda y corta, coronando con turbante su cráneo mondo. Las mujeres no cuidan de ocultarse el rostro; se tocan con el trenzado sombrero yebli, visten pesado jaique blanco y se cubren las piernas con vendas de cuero. El zoco rebosa de pollos, huevos, verduras, lana, pieles, aceite e higos secos.

Los bacalitos están en las callejuelas comerciales, especialmente en la Sueka, o Mercadillo. La Sueka es la vía más pintoresca de Xauen, calle estrechísima y retorcida, con em-

parrado sobre pérgola primitiva que apenas deja filtrar los rayos del sol. Los voladizos de las casas se atropellan con los de enfrente: a veces una rajita de cielo azul nos dice que no estamos en un túnel. La calzada, de pinos guijarros, nos demuestra que por ellos resbala el agua con frecuencia. Minúsculas las tiendas e incluidas en permanente penumbra, hácese forzoso acercar el rostro a los huecos para atisbar el contenido: al principio sólo se advierten dos centellitas en el fondo; son los ojos gatunos del comerciante... Poco a poco comenzamos a descubrir telas, cintas, chalequillos bordados, pulseras, collares de monedas hassanis, babuchas y... peines de plexi-glás: penetración pacífica del arte de la celulosa en el corazón marroquí. Los moros vendedores son más espontáneos que los tetuaníes: saludan, sonríen y charlan un poco en su español ceceante, andaluz.

Xauen es una ciudad encantadora: podrán dejar fríos Arcila, Alcazarquivir, sobre todo después de haber visitado a Tetuán; pero Xauen no defrauda a nadie. Toda ella está sembrada de sorpresas: son la puerta inesperada de una mezquita menudita como una barraca levantina, una plazuela de cafelitos con el surtidor en medio, que dice de día y de noche su incansable estrofa; una pobre sinagoga abandonada que todavía conserva el sancta sanctorum para la torah; un portalón de amplias y decorativas bisagras, robustos clavos granadinos e historiadados llamadores... Y siempre la dulcísima canción del agua, que, descendiendo de Ras el Má, resbala por todas partes inundando de alegría el recinto. Y más aún, la maravilla de sus jardines, que rebosan de geranios y buganvillas, y la variada floresta del río, en que por igual luchan naranjos, limoneros, granados, higueras, nopales y almendros.

Seis barrios tiene Xauen, uno de ellos llamado El Andaluz, tras el que se va nuestra predilección. Su mezquita, de nombre del Rif Budalus, tiene un alminar coronado de linterna blanquísima, la más graciosa del poblado. En él está asimismo la Escuela de Alfombras, institución española para que se mantengan en toda su pureza los dibujos y colores de lana exclusivamente xauníes. Trátase de una construcción hispano-marroquí, con blanquísimo patio interior y dos amplios talleres, ricos de telares, donde muchachitas de seis a doce años fabrican a mano, con velocidad vertiginosa, esas alfombras de nudo tupido y muelle asiento que son famosos en el Protectorado. A dicho barrio pertenece también el zoco, donde se abren freidurías de buñuelos de viento, que recogemos en un junquillo para comerlos, acompañados de té con yerba buena, a la sombra de la Alcazaba.



En el poblado bajo, que es el europeo, algo lejos de los campamentos de Regulares, hemos construido la Plaza de España, pequeño trasunto del Parque de María Luisa sevillano, espléndido de macizos, arriates, túneles de verdura, fuentes, pérgolas con farolillos morunos y asientos de cerámica policromada. Al lado está la Misión católica, franciscana, única tolerada a servicio del núcleo cristiano de la ciudad.

Hoy todos los musulmanes del Protectorado son buenos amigos de los españoles; pero acaso por vínculos de sangre más precisos, consideramos hermanos a los de Xauen, correspondiéndonos ellos de la misma manera. Cuando visitamos una de sus casas, al despedirnos nos ofrecen la llave de «su casa de Granada», la que dejaron sus antepasados a partir de 1492. Es una llave grande, herrumbrosa, que guardan como una reliquia. Y es la muestra de la doble hospitalidad que nos brindan. Dios les conserve tan loables sentimientos.

Y la Paz.

